



LA INQUIETUD POR LA FILOSOFÍA

ENSAYOS SOBRE CANON, HISTORIA Y CRÍTICA

Editorxs

**Facundo José Moine
María Carla Galfione**

La inquietud por la filosofía

*Ensayos sobre canon,
historia y crítica*

Facundo José Moine
María Carla Galfione
(Eds.)

••
Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

La inquietud por la filosofía. Ensayos sobre canon, historia y crítica / Carla Galfione...[et al.]; editado por María Carla Galfione; Facundo José Moine.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1774-7

1. Filosofía Política. I. Galfione, María Carla, ed. II. Moine, Facundo José, ed.
CDD 199.82

Área de **Publicaciones**

Diseño de portadas: María Bella

Diagramación y diseño de interiores: María Bella y Luis Sánchez Zárate.

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Presentación

Uno de los textos que forman parte de este libro recuerda palabras de Jacques Revel ante la propuesta de Carlo Ginzburg. Dice allí: “ejerce la fascinación de los conceptos que se desearía poder utilizar si se supiera definirlo con exactitud”. Ahí, como aquí, resulta una excelente descripción de lo que sentimos ante la obra de Michel Foucault, fascina su mirada, su razonamiento, su lógica, fascina la posibilidad de reproducir preguntas al infinito. Y toda fascinación supone una tensión, ¿cuánto allí opera como hipnosis que, tomando distancia, se desvanece?, ¿cuánto de deslumbramiento que luego dificulta mirar hacia otro lado y cuánto de inspiración? Sin resolver las dudas, aunque confiando más en la inspiración que en las otras posibles respuestas, avanzamos en este libro, multiplicando las preguntas sobre un asunto, el de la filosofía; mejor dicho, el de aquello que en nuestras academias y medios de difusión y reproducción entendemos, hacemos y enseñamos como “filosofía”. Y Foucault, si no logra servirnos estrictamente de modelo, por esa ignorancia de su exactitud, es, sin duda, una invitación a mirar este saber con otros ojos, que quizás sean los nuestros.

Desde un tiempo y un lugar, preocupados por un presente y por lo que el saber al que decidimos dedicarle parte de nuestra vida pueda ayudarnos a pensar sobre éste, pusimos las cosas del revés. Que eso que llamamos filosofía nos dé algunas claves para pensar

el presente depende, aquí, de que podamos preguntarnos por ella misma. Aunque la vacilación persista, las respuestas que ensayamos en lo que sigue confían en que la crítica permitirá construir algunos enunciados, como reparos temporales, hasta que arrecie de nuevo la tormenta.

La actitud que buscamos instalar es una que asume la necesidad de preguntarse por el pasado, por los muertos de la filosofía, esos que, sin embargo, mantenemos a menudo vivos y volvemos contemporáneos: ¿qué hacemos con esa diversa condición y con esa distancia que nos separa de aquellos? Asumirla, decimos, asumirla como historia y con Foucault. Mirar al pasado, no como reconciliación, tampoco intentando reconocer a los culpables. Mirar la filosofía escrita en el pasado y multiplicar las preguntas que cada término convoca: “filosofía”, “escrita”, “pasado”. ¿Cómo se hizo aquello? ¿Qué mundo se habitaba al hacerlo? ¿Desde dónde se miraba y con qué herramientas? Porque si podemos preguntar sobre esto, es probable que podamos interrogarnos por nosotros mismos y nuestro presente; por nuestro cómo, nuestro mundo, nuestras herramientas. Preguntar sobre el pasado como un ejercicio de mirar el tiempo y nuestro modo de construirlo.

Y si nos interesa esa pregunta por el pasado es porque antes de formularla tenemos un diagnóstico sobre la práctica filosófica académica, que nos resulta incómodo: en su gran mayoría se alimenta, positiva o negativamente, como elogio o como culpa, de ese pasado. Sin embargo, la pregunta no es usual, el devenir de un convulsionado siglo XX ha ido dejando sus sedimentos en nuestro saber, que prefiere no visitar algunos sitios. Eliminarlos de su vista parece ser el modo de hacerlos desaparecer. La filosofía, desde hace un tiempo, decidió cerrar un proceso de larga data; decidió interrumpir la pregunta por el tiempo, por el tiempo como tiempo vivido y vivido por otros, decidió volverse otra respecto de ese tiempo, *destemporalizarse*, podríamos decir, si asumimos que el tiempo convoca la variedad y el vínculo, y ambas cosas a la vez.

Ir a Foucault, como lo hacemos aquí, buscando pistas, nos da la posibilidad de mirar otra vez allí, desde este presente, para construir otro relato, el nuestro. Nos permite reencontrarnos con esa historia desde un ángulo nuevo, quizás el de esa práctica histórico-filosó-

fica, quizás como un modo de volver a historizar la filosofía de un modo tan crítico que, paradójicamente, nos devuelva una historia. Recorrer, recolectar, unir, pero también separar, distinguir y descartar, pueden ser parte de esa práctica potente que termine por decirnos algo del presente. Si la mirada se posó y se posa aquí en el saber filosófico, la aproximación lo excede. Quizás el mayor desafío de este proyecto haya tenido que ver con devolver porosidad a los márgenes de lo que conocemos como filosofía: un horizonte disciplinar acotado, estrictamente delimitado, que resiste tanto al diálogo con otros saberes, como a volver la mirada sobre sí misma, algo que, probablemente, ese diálogo suponga. Aquí, la historia fue la disciplina con la que más nos animamos a conversar, seguramente por una familiaridad aprendida y adoptada en estos años. Pero este ensayo y, sobre todo, la guía del autor que seguimos, es un convite para avanzar tanto en el reconocimiento de la existencia de los variados márgenes que atraviesan las disciplinas universitarias, que no son ni fijos ni necesarios, aunque sí institucionalizados, cuanto en lo que la posibilidad de esos diálogos aporta al saber sobre lo que hacemos y sabemos.

Lo que sigue es resultado de una investigación colectiva que venimos desarrollando desde hace un tiempo. Comenzamos nuestra propia historia por los caminos de la historia intelectual –de ahí esa familiaridad que invocamos–, reconociendo allí aportes sustanciales para renovar la historia de las ideas, en la mayoría de los casos poniendo como objeto de esa historia a la filosofía argentina y latinoamericana. Ese recorrido exploratorio nos fue conduciendo hasta Foucault, en quien encontramos claves específicas para nuestros abordajes. Desde hace algún tiempo, concentramos nuestro diálogo en torno a sus aportes, atendiendo desde allí a los modos singulares y locales en que se ha comprendido la filosofía, especialmente en sus vínculos con la historia y la política. Con el anhelo de profundizar en nuestras indagaciones y difundir algunos resultados, así fueran provisorios, promovimos entre los años 2021 y 2022 instancias de seminario en la Facultad de Filosofía de la UNC, con eje en la lectura de Foucault, y bajo la premisa de recuperar los distintos elementos que intervienen en la producción de la historia de la filosofía, así como su incidencia en la configuración y legitimación del quehacer filosófico

en general. De allí surge la motivación inicial por embarcarnos en el proyecto de este libro, como un modo de dejar plasmadas algunas ideas y debates, al tiempo que alcanzar nuevos interlocutores que enriquezcan nuestras perspectivas.

Este libro convoca diferentes entradas que, de manera ensayística y con mucha libertad en el modo de movernos en torno a Foucault –insistimos en eso– buscan algunas respuestas. Ninguna sola parece ofrecer lo que queda elaborado por el conjunto. Pasando rápida revista, a modo de invitación a su lectura, cabe notar el esfuerzo en cada uno de los textos que reunimos aquí por extraer o elaborar alguna partícula de aquella exactitud tan preciada, puesta al servicio de los interrogantes grupales.

Precisando aquel diagnóstico que hacemos sobre el quehacer filosófico, en el primer texto Carla Galfione reconoce que esa des-temporalización se manifiesta tanto en la historia filosófica de la filosofía como en las lecturas anacrónicas, que no son sino el reverso de aquella, puesto que ambas descansan en el supuesto de la continuidad. Frente a ello, invita a explorar un modo alternativo de hacer esa historia, el cual, partiendo de la noción de discontinuidad, deja de apoyarse en el canon filosófico para considerar la filosofía en su doble dimensión de saber y práctica cultural. De esta manera, Carla articula un análisis que reconoce la dispersión como condición inicial, que interroga las formas en que esta dispersión se ordena dando lugar a eso que llamamos “filosofía” y que examina los contornos, exclusivos y excluyentes, de ese orden. Si la filosofía se ha erigido en un saber englobador, que establece y fija los límites de la verdad, aquí baja del pedestal. Lejos de desconocer esa función que históricamente ha asumido, se trata de inscribirla en un escenario de fuerzas en conflicto. Poniendo la cuestión del poder en el centro, Carla promueve una historización a la que denomina “austera”, capaz de advertir las limitaciones epistémicas del discurso filosófico, al mismo tiempo que sus potencialidades políticas.

Si la filosofía puede ser considerada casi sin inconveniente como sostén de la lógica a través de la cual se articulan de hecho los saberes con las experiencias del mundo, pensarla implicada en éstas ya no es tan fácil. Y esto es lo que ensaya Facundo Moine al poner el foco en el concepto de “dispositivo”. Lo que entonces hacemos es

convocar a escena a otros personajes, sin que haya jerarquías en la distribución de roles y fuerzas. Algo que parece exceder a la filosofía que, abandonando su lugar de garante de mundo, es sumergida en la complejidad que éste alberga, para hacerla partícipe del juego de los poderes y las condiciones que toda imagen del mundo supone. La filosofía y su historia (o sus historias) aparecen como prácticas culturales, incapaces de escapar a la coacción política, de la que es artífice y súbdita a la vez. Pensar el vínculo entre “dispositivo” y filosofía es aquí reducir las pretensiones que ha tenido la filosofía occidental casi hasta nuestros días, para atender a los presentes de ese saber, al juego de las variadas tensiones en que aparece su singularidad. A través de dos ejemplos, Facundo instala la pregunta: ¿qué hacemos cuando recogemos y ordenamos nombres de “filósofos”? ¿Qué luchas disputamos y cómo lo hacemos?

Por su parte, el trabajo de Andrés Carbel termina por asumir más directamente aquella preocupación que atraviesa todo el libro. Andrés reconoce los aportes de Foucault frente a la condición posmoderna, frente a la fragmentación del tiempo, al panorama devastado por la imposibilidad de la experiencia sostenida y transmitida. Y en parte señala una genealogía para ese diagnóstico, que nos remonta a los comienzos de la Escuela de los Annales y a la tematización del tiempo y la segmentación de sus dimensiones. Andrés se desplaza hacia el territorio de la historia para desde allí arengar a la filosofía. Valiéndose de la expresión foucaultiana “positivismo de la ficción”, recupera en Foucault al historiador para darle carnadura a la mirada crítica, hasta reconocer en la arqueología una opción para esa historia, no como reconciliación con el tiempo lineal de la conservación, pero evadiendo en el mismo movimiento el caos de una temporalidad dispersa.

Muy próximo a Andrés, Juan Pablo Padovani toma el guante de la política y subraya la necesidad de introducirse de lleno en la reflexión filosófica de ese objeto siempre tan ausente, el poder. Y Foucault es una preciosa oportunidad y excusa para eso. Juan nos sitúa de frente a la “práctica histórico-filosófica” a que convoca aquel autor y lo hace en gesto tensionante, sino destructivo, respecto de la tradición filosófica. De nuevo, nos preocupa el presente y es por eso que la mirada inquisidora se anima a escarbar en las certezas y

reconocer que lo que las hizo posible en la historia de la filosofía no es sino lo mismo que permitió el sostenimiento de tantas otras verdades; el discurso filosófico se encuentra con su singularidad. Sólo esa mirada atenta a lo singular podría ofrecer, finalmente, la comprensión de sus posibilidades de sentido. La filosofía, entonces, esa que quiso subsumir todo lo excedente, convertida en historia, queda a disposición de una mirada que atiende a los “datos” y es forzada a reconocer su sumisión.

Finalmente, Alicia Loforte y Paulo Martínez Da Ros se enfrentan a un escenario más específico, el de la enseñanza de la filosofía. Si muchas reflexiones en torno a la pedagogía y la enseñanza han recuperado los aportes de Foucault, en estudios y formulaciones ligadas fundamentalmente a la disciplina escolar, lo que aquí se hace busca otras vías. Alicia señala un gran problema: habiendo supuesto desde los comienzos de la enseñanza formal su vínculo con los principios y aportes de la ilustración, el desvanecimiento de éstos no puede sino afectar a la escuela y el sentido que tiene para nosotros, condicionando nuestras prácticas. Quizás Foucault nos ayude a construir nuevos sentidos, al menos nuevas vías de exploración. Porque, aunque seamos ya muy conscientes del vínculo entre escuela y disciplinamiento, rara vez nos animamos a extraer todas las consecuencias que esa verdad tiene para con los saberes que enseñamos. De alguna manera, la enseñanza de la filosofía y su historia, con estos aportes, puede aparecer, ya no como *comentario*, sino como novedad, y una novedad que habla de nosotros.

La propuesta de Paulo Martínez Da Ros, también se las ve con una zona difícil, porque incluso va más allá del escollo que significa, desde la modernidad, para los filósofos, pensar la enseñanza de su disciplina. Él inscribe ese problema en el marco que también cierta modernidad –recurrente en este libro– intentó asumir: la enseñanza supone un marco institucional, estatal, que impone algunas condiciones. Y desde allí, Paulo avanza aún más para preguntarse sobre la escena democrática. En última instancia, se trata de pensar el vínculo actual que en nuestro medio se establece entre filosofía y democracia –y dudamos aquí si convendría usar comillas o cursivas al nombrar estos objetos–. Porque esa mirada incisiva, con dejos de ironía, reconstruye los discursos oficiales en relación a la enseñanza

de la filosofía en las escuelas, sus fines y objetivos, para ensayar una crítica punzante. Paulo atiende de ese modo a la manera en que, a 40 años, hacemos, pensamos y enseñamos democracia. Se trata de la relación entre el canon y la crítica, animándose a pensar que quizás sea tiempo de que el canon ponga en tensión a la crítica. Qué crítica, qué canon, cómo, hay que plantearlo.

Con todo, una y otras intervenciones, aparecen reunidas en una mirada que se revuelve en un presente porque quiere entenderlo. Y, si vuelve al pasado, es porque en esa distancia alcanza a comprender la operatividad de eso que Foucault llamó “regímenes de verdad”. Si la filosofía participa en su construcción –quizás protagonicamente– su historia trasluce las capas de esa edificación.

La segunda parte de este libro que presentamos contiene varias respuestas que profesores e investigadores próximos compartieron con nosotros ante la manifestación de esto que nos inquieta. Es estimulante reconocer los encuentros, que son muchos más que las diferencias, y que pueden ser reconstruidos con detenimiento por quien se enfrente a esa variedad de respuestas, pero más estimulante aún es reconocer que estas formulaciones redoblan la provocación inicial y dejan abierta la discusión. Un elemento queremos subrayar: en todas esas respuestas, más o menos explícitamente y por diversas vías, se afirma que el ejercicio de historización instala a la filosofía en su terreno más propicio. Historizar es desnaturalizar. La “historia de la filosofía” no es, como acá se la define, la inscripción de este saber en una continuidad histórica, y no nos cansamos de subrayarlo. Es otra cosa, aunque no necesariamente su contrario. Es algo más próximo a la asunción del límite que impone todo presente, es algo que sólo puede hacerse sobre el suelo del presente. Entonces, las preguntas se multiplican: qué, cómo. ¿Qué es el pasado de la filosofía, qué es su presente? ¿Cómo y cuánto conocemos esos tiempos?, ¿cómo los distinguimos, cómo los reunimos? Y allí aparece el canon: ¿cuánto nos animamos a señalarlo y cómo? ¿Cuánto del canon nos habla del presente y cuánto del pasado? ¿Qué valor tiene éste y qué función cumple si habla de un pasado que aún no podemos diferenciar de un presente?

En ese marco, lo que llega a salvarnos, o, quizás, a terminar de condenarnos, es la crítica; antes que cualquier otra cosa, ausculta-

ción del presente y de nuestra propia práctica filosófica. La crítica guiando la pregunta por el presente y su distancia con el pasado, la crítica midiendo entre el canon y la tradición. Y allí, uno de los principales desafíos, si queremos asumir algunas de las implicancias, que cuesta todavía reconocer, nos señala el lugar de la enseñanza de la filosofía, de su transmisión.

Si la verdad toma los visos de la materialidad, de la contingencia, del poder y su voluntad, y si hacemos de nuestra práctica filosófica, su historización y su enseñanza, de nuestro trabajo e investigación con autores, obras ideas, algo sujeto coherentemente a esa condición, es probable que entonces la filosofía pierda buena parte de su viejo estatus. Quizás no rescatemos de este modo a la filosofía, sustantivada y en singular, pero sí puede que hayamos encontrado un modo de hablar sobre nuestro presente.

Agradecimientos

Este libro es resultado de la investigación llevada adelante en el marco del proyecto “Discurso filosófico y político en la Argentina del siglo XX. Herramientas para su abordaje: conceptos, lenguajes, saberes”, bajo la dirección de Carla Galfione e Ignacio Barbeito. Dicho proyecto se desarrolló en el marco institucional ofrecido por el Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichón, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, y fue subsidiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de esta casa. Es por ello que agradecemos aquí a esas instituciones y a quienes trabajando en ellas lo hicieron posible.

En buena medida, lo que sigue es resultado de un largo y fluido diálogo con un gran equipo de investigación y trabajo que compartimos con investigadores e investigadoras de otras disciplinas, que incansablemente renuevan nuestros horizontes de interrogantes y nuestra voluntad de ampliar los márgenes disciplinares. A este equipo, el que conforma el Programa de Historia y Antropología de la Cultura, radicado en el IDACOR, le agradecemos especialmente eso, el espacio para el diálogo, la escucha, el intercambio y el aprendizaje.

Por último, y dado que la motivación inicial de la escritura de lo que sigue se aloja en un seminario dictado por el equipo en la Escue-

la de Filosofía en 2021 y 2022, recordamos también aquí a ese espacio y a los que se sumaron. Quienes participaron de esos encuentros, no sólo aportaron la escucha, que siempre es importante para revisar las propias convicciones, sino también nuevas preguntas, dudas e interpelaciones. Esas experiencias nos sugirieron la importancia de encarar el proyecto de este libro colectivo, un libro, por ello, hecho de diálogos que todavía están abiertos.

